

ver a las niñas y niños de mi barrio veo a mi mamá, a mi papá. Veo niñas que son mamás de sus hermanos menores; niños no deseados; niñas sacando zapatos de la basura para poder calzar algo en sus pies; niños con la piel reseca y curtida de tanto estar expuesta al sol del páramo, al frío que quema. Ahora, veo cómo todo esto toma cuerpo y cara en otras y otros: son esencias y experiencias distintas las que habitan dentro de los pequeños cuerpos de mis vecinos y vecinas en contraste con lo que acabo de relatar, pero al final veo los mismos pies descalzos y la misma piel curtida.

Este breve relato sobre mi propia infancia en relación con la de quienes me antecedieron y las que ahora viven mis vecinos fue el detonante para pensar cómo salir del eterno retorno que pareciera perseguirme, ¿cómo reivindicar al niño que fue mi papá y las niñas que fuimos mi mamá y yo? ¿Por qué todo termina repitiéndose? ¿Adónde puedo ir para encontrarme con aquellos y aquellas que son tan parecidos a mí? Claro, resultaron ser preguntas abrumadoras porque la realidad desborda lo que sucede en el mundo de las ideas. Pero encontré en los libros, especialmente cuando re-descubrí la literatura infantil, una forma para verme en los otros y las otras como frente a un espejo, y a su vez, para que ellos y ellas se reflejaran en mí. Bien dice Borges en su cuento "La forma de la espada" que "lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres [...] yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres" (1984, p. 116). Encontré también que la bicicleta me permitía, como en una especie de ritual, expiar mis culpas con cada pedalazo y cada gota de sudor que caía de mi cuerpo: me sentía viva al ver que mi propio cuerpo impulsaba un artefacto que me llevaba adonde quisiera, una experiencia solo comparable con el acto de leer. Ahora recuerdo las palabras del escritor Antonio Muñoz "La bicicleta es una máquina tan literaria que cuando estaba casi recién inventada ya empezó a circular por las novelas" (Idartes, 2015, p. 82). Libros y bicicletas son vehículos que requieren de fuerza de voluntad, constancia, hábito y sensibilidad para encontrarse consigo misma, en las y los demás.

Así descubrí que las bibliotecas son organismos vivos, por tanto, cambiantes, volubles como algunas plantas y sensibles a la experiencia humana; en contraposición a la idea generalizada de lo que es una biblioteca: un espacio silencioso, lleno de estantes y prohibiciones donde las polillas parecen ser las únicas que tienen autoridad de ir y venir entre los libros. Vine a comprender esto solo cuando conocí durante la pandemia, y por ende de forma virtual, al maestro



Luis Soriano, en un encuentro de bibliotecas comunitarias. Y terminé de confirmarlo cuando, un año después, me encontré con Laura Acero en unos talleres de escritura también de forma remota. Ambos son líderes de estrategias alternativas que movilizan libros y estrategias de mediación de lectura a escenarios donde el acceso a la lectura no existe o es negado.

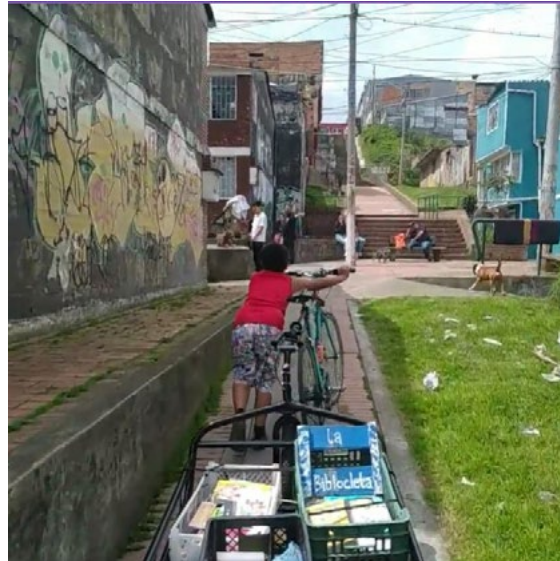
Las apuestas del Bibloburro y del Biblocarrito, lejos de romantizar el hecho de transportar libros en un burro y en un carro respectivamente, son más bien el reflejo de un país desigual donde un burro y un carro son los únicos vehículos mediante los cuales muchas personas pueden acceder a los libros, a una biblioteca, al legado cultural de la humanidad. Según el estándar de la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones Bibliotecarias (FIAB) (1973), los habitantes de una ciudad deberían disponer de una biblioteca a no más de kilómetro y medio aproximadamente. Es así como nace La Biblocleta, como la puesta en escena de una denuncia social: necesitamos espacios de encuentro dignos y efectivos en la parte alta de la localidad de San Cristóbal, espacios culturales que nos permitan ser, salir, expresarnos, ejercer nuestra ciudadanía de manera informada y crítica.

La biblioteca más cercana a nuestro barrio, Altos del Zuque, queda a una distancia total de siete kilómetros; o como en el caso de los barrios del Alto Fucha donde esta distancia se incrementa: las bibliotecas públicas más cercanas son La Victoria y Carlos E. Restrepo, ambas a una distancia total de doce kilómetros. Con este panorama por delante es muy difícil hablar de un ejercicio ciudadano pleno, porque no se tienen las garantías para acceder a los derechos culturales, muy de la mano de los derechos fundamentales, que históricamente les han sido negados a los habitantes de las periferias. "Leer puede ser un medio para mejorar las condiciones de vida y las posibilidades de ser, de estar y de actuar en el mundo" (Castrillón, 2005, p. 13).



Pedaleando en la localidad

Una amiga muy cercana nos envió una invitación, a mi compañero Eduard Morales y a mí, para participar de la Tercera Bienal de Arte Comunitario en septiembre del 2021. Veníamos pensando en La Biblocleta hace algún tiempo, pero no habíamos tenido el impulso de echarla a andar. Vimos en la Tercera Bienal la posibilidad de articularnos con una fundación llamada Recuperando Nuestros Cerros (Renuce), que trabaja en el barrio y con la cual veníamos realizando unos talleres en el salón comunal con niños y niñas en pro del reconocimiento y la defensa del lugar que habitamos: los cerros orientales. A partir de esta invitación, ideamos un ciclo de tres talleres que llamamos Lecturas Rodantes entre Libros y Árboles, con el cual esperábamos visibilizar la forma en la que los niños y las niñas del Alto Fucha se relacionan, se reconocen y se proyectan con su territorio desde el diálogo y la lectura, del tejido de huicholes y de la siembra de árboles nativos de los cerros orientales. Resultó que por temas logísticos tendríamos que desarrollar nuestra propuesta en el barrio Villa Rosita, localidad de Usme, un barrio más bien cercano a San Cristóbal y también anclado en la montaña. No sabíamos qué iba a pasar.



Días antes, me armé de martillo, puntillas, guacales y pintura para diseñar lo que sería La Biblocleta. Claramente, y como sucede con muchos proyectos comunitarios, la falta de presupuesto nos indigna, y la mayoría de las veces de la indignación surgen mejores las respuestas: creatividad e imaginación. Terminó siendo una estructura ingeniosa pero un poco ingenua también. Le coloqué bisagras para poder abrir y cerrar sus lados derecho e izquierdo y su frente, la pinté de colores y la amarré a la bicicleta que meses atrás me había transportado a mil kilómetros de distancia de mi montaña, la bici que me ha hecho sufrir y gozar, la bici que desde que llegó a mi vida ha tenido tantas transformaciones como yo. La primera vez que la sacamos cayó un aguacero terrible (por algo nos dicen que vivimos en Cielorroto), pero igual llegamos; y la segunda, en una subida empinadísima que conduce al barrio, el peso de las y los pasajeros desestabilizó la estructura y todo cayó al suelo, por suerte pudimos arreglar rápidamente la caja de la Biblocleta y llegar a pie con las y los viajeros a salvo: Giovanna Zoboli, Jeanette Winter, Johanna Spyri, Mem Fox, Manuel Zapata Olivella, Michel Ende, entre otras y otros. La última sesión fue un compartir entre montañeros: logramos llevar a los chicos y chicas de nuestro barrio para que conocieran al grupo de Villa Rosita, sembramos árboles y leímos un libro precioso llamado *El despertar del árbol*, de Dídac P. Lagarriga y Albert Asensio. Un libro bellissimo

con el que nos encontramos mientras buscábamos literatura que nos permitiera poetizar la naturaleza.

Luego de esta primera y un poco accidentada puesta en marcha vimos la posibilidad de subir al Alto Fucha unos meses después. Nuevamente una amiga del territorio nos invitó a participar en un proceso de construcción de artesanías y estructuras con guadua en el barrio Aguas Claras. Las citas fueron en *La Casa de la Lluvia de Ideas* y en *Reserva de la Loma*, dos apuestas del Alto Fucha que buscan crear lazos comunitarios desde diferentes quehaceres, en esta ocasión, el trabajo de la guadua. Para Eduard y para mí la primera opción fue construir un remolque para La Biblocleta y dejar de sufrir con los guacales. Al principio parecía buena idea, pero al terminar el diseño nos encontramos con que nadie se le medía a hacerle una estructura metálica al remolque de manera que las ruedas quedaran estables y listas para transportar el peso de los libros. Sin embargo, La Biblocleta resultó en la feria de exposición de las artesanías y estructuras que las demás personas realizaron, y allí, a pesar de tener un remolque sin ruedas estuvimos con niños y niñas en un taller nuevamente pasado por lluvia. Esta vez, más que ser un impedimento, la lluvia terminó siendo una compañía y la excusa perfecta para juntarnos bajo las sombrillas y terminar de leer al calor de otros cuerpos y a través de la voz de Eduard el libro *Pregúntame* de Suzy Lee y Bernard Waver. Lo que pasó allí me dejó una imagen preciosa: imaginen a cinco o seis niños, porque curiosamente los que se quedaron fueron solo niños, rodeando a un niño más grande debajo de unas sombrillas siguiendo el jugueteo preguntón que el libro propone: “pregúntame qué me gusta... Pregúntame si me gustan los helados... Ahora pregúntame si tengo sueño...”.

Ese día, más que entender, realmente aprehendí que no es que a los niños y niñas no les guste leer, como suelen dictaminar los adultos, sino que, por un lado, realmente no existe el acceso a espacios de encuentro donde las infancias puedan poner sobre la mesa todas sus preguntas e hipótesis sobre la vida y el mundo que ni siquiera escogieron vivir; y por otra parte, que seguramente no han tenido la oportunidad de que alguien las y los lecture⁴ (ya sea mamá, papá, un maestro, una hermana), alguien que las y los aproxime a una verdadera experiencia, alguien que les pregunte, que los tome en serio; porque como dijera Yolanda Reyes “Así es como se van haciendo los lectores: cuerpo a cuerpo, en una habitación, en un salón de clase, en una biblioteca. Cuento a cuento. Y uno por uno” (Reyes, 2016, p. 35). Este día fue trascendental para nuestro ejercicio con La Biblocleta, esperamos que para aquellos niños también. Esperamos que esa semilla que los movilizó a exigir que termináramos el cuento, que les siguiéramos preguntando, luego eche raíces



4 Del verbo *lecturar*, término acuñado por María Emilia López: “*Lecturar* reúne algo del verbo *leer* y algo del verbo *amar*. Algo así como trasvasar amorosamente a los otros el equipaje y las habilidades iniciales para construir, cada vez con mayor autonomía, la experiencia plena y emancipatoria de la lectura. Por eso *lecturar* supone una relación de compromiso e intimidad entre quien lectura y quien se lectura, como condición misma de la experiencia” (<https://www.jardinlac.org/post/lecturar>).



a los de la escuela y la casa, ha sido un compromiso aún vigente. La idea asistencialista que han promovido las instituciones y algunas organizaciones de índole comunitaria han propiciado que tanto adultos como niños se acerquen a este tipo de escenarios porque van a regalar bonos, refrigerios, mercados o ropa. Nosotros no queremos regalar nada, queremos construir un barrio distinto, pero eso a veces parece poca cosa y suena utópico (porque realmente lo es). Sin embargo, la respuesta que en este tiempo hemos tenido por parte de los chicos y chicas que nos acompañan nos hace ver lo valioso de nuestra apuesta. Que interioricen que hay una biblioteca en el barrio y que se llama La Biblocleta, que cuando no podemos estar nos pregunten cuándo vamos a volver con los talleres porque, aunque no parezca, les hace falta, que poco a poco y sin afán vean en los libros un refugio o miles de preguntas y respuestas más que una obligatoriedad. Esto nos hace pensar que nuestro ejercicio requiere de un detenimiento y unas reflexiones profundas que intentamos mediar, pero que la falta de presupuesto y a veces de tiempo no nos permiten. Pese a todo y a nada, aquí estamos con las complejidades que la vida individual y colectiva supone y con la esperanza aún puesta en una de nuestras lecturas recurrentes: “Como programa, la desesperanza nos inmoviliza y nos hace sucumbir al fatalismo en que no es posible reunir las fuerzas indispensables para el embate recreator del mundo. No soy esperanzado por pura terquedad, sino por imperativo existencial e histórico” (Freire, 1997, p. 24).

Este breve recorrido que presento aquí es un poco el relato de lo que ha sido este proceso comunitario, el relato de una parte de mi vida que se ha visto marcada por la lectura y la bicicleta, una vida que nació y sigue creciendo en el barrio Altos del Zuque. Este territorio que ahora amo tanto y por eso defiendo, un territorio que hasta hace unos pocos años empecé a conocer con todos los sentidos bien dispuestos. He aprendido que mi territorio no acaba en mi barrio, que mi territorio son las montañas, mis cerros orientales: y mis vecinos, todos los seres vivos que habitan en ellos. Por eso hablo de las pedaleadas por el barrio y la localidad con las que le apostamos, por un lado, a la profundidad y el detenimiento que ofrecen la quietud y el espacio conocido; y por otro, a la itinerancia que ofrece conocer otras caras con las que me sigo encontrando a mí misma. Y ahora con el camino que emprendí desde mi trabajo de grado como estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional creo que viene a aparecer un tercer pedaleo: uno que quiero conceptualizar y compartir con otros y otras colegas para mejorar, repensar, cuestionar. Para no olvidarme de volverle a preguntar a La Biblocleta el porqué de su existencia. Por qué y para qué seguir manteniendo viva la esperanza entre pedaleo y pedaleo sobre cada página de esta historia que apenas empezamos a escribir.

Referencias

- Borges, J. (1956). *Ficciones*. La Oveja Negra.
- Castrillón, S. (2005). *El derecho a leer y a escribir*. Asolectura.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la esperanza*. Siglo Veintiuno Editores.
- Instituto Distrital de las Artes (Idartes). (2015). *Bicicletario*. https://idartesencasa.gov.co/sites/default/files/libros_pdf/112.%20Bicicletario.pdf
- International Federation of Library Associations (IFLA). (1973). *Normas para bibliotecas públicas*. Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos.
- Reyes, Y. (2016). *La poética de la infancia*. Luna Libros.